

- **Resumen**

El autor explora la relación de la obra de Pestalozzi con la modernidad. Para el autor, Pestalozzi preveía las consecuencias del impacto de los tiempos modernos y confiaba en que la educación lograría conjurarlos, puesto que pensaba la educación como introducción a un mundo nuevo donde se pone en manos del niño los instrumentos de su entorno. Las claves del análisis sobre Pestalozzi y la modernidad son: el advenimiento del hecho industrial y la relación de la escuela y el trabajo, el surgimiento de la libertad como idea central de la nueva sociedad y la secularización.

- **Abstract**

The author examines the relation between Pestalozzi's work and modernity. He predicts that Pestalozzi anticipated the consequences of the impact of modern times and trusted education to be able to change them, as he thought of education as an introduction to a new world where the child gets the instruments to affect the surround in his hands. The advent of industrialization and the relation between school and work, the emergence of freedom as a central idea of the new society and its secularization are the keys to the analysis of Pestalozzi and modernity.

- **Résumé**

L'auteur explore le rapport de l'ouvrage de Pestalozzi avec la modernité. D'après lui, Pestalozzi prévoit les conséquences de l'impact des temps modernes et espère que l'éducation les conjurera, car il pense à l'éducation comme l'introduction à un nouveau monde où l'on donne à l'enfant les instruments de son environnement. L'avènement du fait industriel et le rapport entre l'école et le travail, l'émergence de la liberté comme idée centrale de la nouvelle société et la sécularisation, constituent les clés de l'analyse sur Pestalozzi et la modernité.

HISTORICIDAD Y ACTUALIDAD DE PESTALOZZI

*Michel Soëtard**

Director del Instituto de Ciencias de la Educación de Angers.

Este año se conmemora el aniversario 250 del nacimiento de Pestalozzi: 1746-1827. Esta efeméride es y será motivo de coloquios y encuentros científicos. Primero en Zurich, ciudad que le vio nacer, lugar privilegiado para la investigación pestalozziana, luego en Italia, Alemania, Bulgaria, Chile, y muy pronto en Brasil, España y Albania. También en Francia y más precisamente en Angers, donde su servidor ha desencadenado una reflexión sobre Pestalozzi, como paradigma del pedagogo, en la modernidad. Se honran el Ministerio de Educación de Colombia, la Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia y la Universidad de Antioquia al rendirle homenaje a aquel padre de la pedagogía moderna y dedicarle la primera jornada de un congreso sobre la formación de los maestros. Es una oportunidad para hacer que soplen nuevos vientos sobre este difícil tema, tanto en el caso nuestro en Europa, como en el caso de ustedes, dado que no sólo se trata de un problema técnico o administrativo, inclusive social, sino de un problema humano: ¿Cómo formar a unos " *artesanos de humanidad*", para volver a utilizar la expresión de Comenius, aquel otro gran precursor de la pedagogía moderna?

* Dirección del autor: Institut des Sciences de l'Éducation d'Angers.. Université Catholique de L'ouest. 3 Place André Leroy - B.P. 808. 49008 NAGERS Cedex 01

Mucho se preocupó, y se ocupó Pestalozzi de la formación de los maestros, y de sus propios maestros más que todo, en Burgdorf y en Yverdon, pero siempre consideró esta formación en relación con su concepto general de la educación, el cual intentaré presentarles aquí.

Gigantesca personalidad, fascinante y provocadora a la vez, llevadera de una existencia tumultuosa, con experiencias estruendosas que en efecto fracasaron estruendosamente, él practicaba intensamente, sin dejar de reflexionar más intensamente aún. Y fue quien, más que todos se consumió de caridad para los más desprovistos de este mundo, los niños pobres, aquellos seres doblemente desprovistos porque son niños, y porque son pobres. Entre 1746 y 1827, Pestalozzi atravesó un período decisivo para nuestra historia: el del ingreso a la modernidad. Pero simultáneamente midió todos los peligros, para finalmente confiarle a la educación, y a su puesta en acción pedagógica la tarea de introducir al niño en el mundo nuevo al ponerle siempre en las manos los instrumentos de su entorno. En efecto, Pestalozzi se dió cuenta, mucho antes que nuestros «post-modernos» de que nuestro mundo iba construyéndose con el movimiento de la industria, conjuraba las antiguas fatalidades naturales, y confiaba su destino a la razón, al progreso, a la ciencia, que llevaban en sí mismos los gérmenes de su destrucción. Supo también que el único camino para salvarse del cataclismo social, era educar, educar ahora y siempre, invertir a fondo en la formación de los hombres, según su famosa expresión de 1815 : «no existe para nuestro mundo desmoronado moral, espiritual, y políticamente ninguna salvación posible, a no ser por la educación, a no ser por la formación de la humanidad, a no ser por la formación del hombre».

Organizaré mi ponencia en torno a unos cuantos aspectos esenciales de aquel ingreso a la modernidad, pero también a los peligros que identificó Pestalozzi, y contra los cuales no hemos dejado de luchar desde aquel tiempo, para demostrar finalmente cómo la educación puede constituir una salida, pero sobre todo en qué condiciones puede hacerlo, según el pedagogo suizo: será aquí donde nos reuniremos con nuestras problemáticas más actuales.

1. El gran promotor del movimiento es, desde el punto de vista de Pestalozzi, *el advenimiento del hecho industrial*. El joven de Zurich presencia en efecto, una profunda transformación económica y social de los pueblitos a orillas del lago: el copo y la rueca ya han penetrado en la casa del campesino y toda la familia se ha puesto a hilar y a tejer el algodón para proveer a un negociante de la ciudad (sólo los «ciudadanos», habitantes de las "ciudades" tienen derecho a ejercer el oficio de comerciantes). Se trata de un fenómeno económico que aleja al mundo campesino, mayoritario en número, de las incertidumbres

de la naturaleza para que de ahora en adelante su bienestar sea el resultado de su destreza y de sus habilidades. Este hecho genera toda una serie de consecuencias sociales y políticas vinculadas con ese brusco enriquecimiento de la gente del campo.

De inmediato Pestalozzi captó la suerte histórica que se ofrecía a los pobres, empezando por los niños. Abandonando la ciudad y los intelectuales, ubicó su primer instituto en el corazón del torbellino económico, reuniendo en una finca que compró a unos niños pobres del campo a quienes hizo trabajar hilando y tejiendo el algodón, sin dejar de preocuparse, al igual que su esposa Anna, por darles formación. Pero los integrantes de esta joven pareja, también ardientes lectores de Rousseau, buscaban de crear, en torno al trabajo, lejos de la corrupción urbana, aquella comunidad ideal, casi autárquica donde la producción industrial tenía como finalidad, financiar el funcionamiento del instituto y garantizar el pleno desarrollo de las aptitudes y capacidades de los niños dentro de un proceso de formación que no le deberá nada a objetivos económicos exteriores. Pestalozzi rompe aquí rotundamente con la costumbre de la época que consistía en recoger, alimentar y mimar a los niños pobres en unas instituciones caritativas -de las cuales salían siéndolo aún más dependientes. La meta de la experiencia de Neuhoof es al contrario, hacer que se mantengan en pie por sí mismos, como lo dice muy bien el vocablo alemán, *selbständig*. En efecto, el programa de Pestalozzi consigue muy notables resultados, observados ya en la recuperación de los cuerpos agobiados por la miseria, en el desarrollo de las virtudes morales en torno al trabajo, en el deseo confesado por los niños de acceder a unos conocimientos que de algo les servirán en sus tareas industriales.

Sin embargo, Pestalozzi no pudo escapar a la catástrofe económica; su gran sueño filantrópico se desmoronó bajo las exigencias de los acreedores quienes vinieron a pedir el dinero que le habían prestado, de los padres que sacaron a sus hijos tan pronto como adquirieron una capacidad industrial, de los mismos niños que, bajo el yugo del trabajo, echaron de menos su vida libre y huyeron por la puerta siempre abierta ...

En esta aventura, Pestalozzi va a medir el impacto del fenómeno industrial como motor del progreso humano. En particular va a *comprobar su ambivalencia*. En un estudio que dedica a la introducción del salario industrial en los pueblos - hace notar que la industrialización es «como un cuchillo y unas tijeras en manos de un niño». Deshaciendo los vínculos tejidos por la naturaleza y representados por la unidad de la célula familiar campesina, el ingreso industrial desencadena unos intereses que ya nadie puede

controlar. El cuadro más sobrecogedor de esa alteración aparece en la novela *Leonardoy Gertrudis* que Pestalozzi publica en cuatro tomos en los años 1780, y la cual nos restituye de la manera más realista y mucho antes que Emile Zola, la atmósfera viciada de una aldea contaminada por la fiebre industrial, y en la que tanto la célula familiar como el templo se ven abandonados, mientras van medrando los negocios del baile/tabernero en cuya casa se endeudan los campesinos. Es todo un mundo que se descompone, una nueva clase la que se levanta, la de los empresarios industriales, pero más que todo una humanidad que perdió sus puntos de referencia.

Se trata pues de ayudar a la generación que viene a adueñarse de la nueva fuente de ingresos y vemos aparecer en la trama de la novela a un saludable maestro, el señor Gluphi, organizador de una escuela nueva donde se aprende a leer, a escribir, a contar, a ser limpio y a ser cortés, pero también se aprende a usar el copo y la rueca en el aula, transformada algunas veces, en taller. Aparece nuevamente la asociación entre la formación y el trabajo que Pestalozzi repitió en sus experiencias siguientes, en las ciudades de Stans, Berthoud, e Yverdon, pero siempre preocupado por establecer la diferencia entre una pedagogía de la *cabeza* y una pedagogía de la *mano*, y por separar los aprendizajes intelectuales de la misma formación profesional. Pestalozzi mide, simultáneamente con la misma evolución del hecho industrial, todos los peligros de la preparación del niño a una sola profesión: evoluciona de esta manera hacia una formación industrial básica que inicia a los niños en la destrezas técnicas fundamentales. También admite que la escuela así creada no puede vivir de su propia producción, pues necesita ser potenciada y financiada por la comunidad social. El modelo que se va instaurando es el de la escuela republicana francesa, pero una escuela que habrá hecho suya desde el principio la dimensión técnica.

2. El segundo elemento de la modernidad que quisiera evocar, después del hecho industrial, y que le está muy estrechamente vinculado, es el *surgimiento de la libertad* como idea central de la nueva sociedad. Pestalozzi fue, como ya lo he indicado - un entusiasta lector de Rousseau, quien lo confesó al final de su vida - le hizo pasar rotundamente de un mundo al otro: «el hombre ha nacido libre...» bien se conoce la frase del ginebrino, y de inmediato, la idea de libertad cundió como reguero de pólvora por el mundo entero. En su juventud, Pestalozzi fue un exaltador de la libertad; inclusive en Zurich provocó varios escándalos públicos. Y su primera experiencia del Neuhof continuó bajo los auspicios de la libertad autónoma : la pequeña comunidad autónoma debería lograr autoadministrarse en la etapa final. Pero más que todo Pestalozzi vivió al unísono del grito de 1789; en efecto fue hecho ciudadano de la nueva república, por un decreto de agosto de 1792 el cual honró a otras diez y siete

personalidades distinguidas por todo el mundo por sus actividades en favor de la libertad. No siempre le resultó fácil usar este título en su país que pronto padecería la voluntad hegemónica de los nuevos Franceses. Pero, no por ello dejó de apoyar a la nueva República helvética que se creó, aunque sin porvenir, en 1798 ... Pestalozzi siguió muy atento a los brotes de libertad que sacudirían a los países más lejanos, convencido de que para la libertad se abría indudablemente un paso histórico, que ya nada podría detenerla, y que de ahora en adelante iba a ser el motor del desarrollo de la humanidad.

Nada podría detenerla, a no ser... ella misma. En efecto, Pestalozzi va a medir, aquí también, el peligro que encierra la libertad considerada como un absoluto. Lo comprueba precisamente en el destino de la Revolución Francesa, y en la voluntad de los nuevos políticos de realizar dicha libertad en una forma de Estado: la República, presentada como su perfecto cumplimiento. Si Pestalozzi se proclama demócrata y esto lo hace partidario del «poder del pueblo», comprueba, con el espectáculo del Terror, los efectos tremendos que puede tener una encarnación histórica forzosa de la libertad. El pobre pueblo termina haciendo el gasto con su sangre, la Revolución se come a sus propios hijos. Y continuamos comprobándolo en nuestra historia... Pero es cierto que la libertad, reforzada por sus propias conquistas y unida los intereses de egoísmos desmultiplicados, carcome siempre más las solidaridades sociales : Pestalozzi llega a anunciar la ineluctable disolución de los Estados. Entonces la vía política es ya un callejón sin salida, la libertad va buscando su punto de estabilización en un Estado constituido y desbarata simultáneamente la estabilidad que el Estado le garantiza.

Hace falta, pregona Pestalozzi a sus nuevos conciudadanos, *hacerse digno de la libertad*. Esta no puede realizarse en el desenfreno de la naturaleza, inclusive si las equivocaciones de los políticos pueden fomentar, y de echo fomentarán, desbordamientos. La libertad no puede tomar cuerpo en una forma de Estado, inclusive si el Estado resulta ser quien mejor puede asegurar la indispensable regulación social. De ahora en adelante es un asunto moral, una manera de constituirse, según la expresión de Rousseau, en una «libertad bien regulada», es decir, una libertad capaz de constituirse (según la expresión, ahora sí, de Pestalozzi, que se repite como un leitmotiv en las «INVESTIGACIONES de 1797») en obra de sí mismo». Establecida la ley, el *nomos*, con el que el hombre se encuentra a la fuerza en el camino, tan pronto como se encuentra con los otros, necesita interiorizarse en *auto-nomía*, en ley que cada quien se da libremente, y con entera responsabilidad de sus actos. Así se podrá volver a encontrar el camino de una comunidad humana donde cada quien ya no será

tratado - así es en la fría sociedad mecanizada - sólo como un medio, sino también, y más que todo, como una finalidad.

Y aquí también, la educación acudirá a la cita. Conjugar el respeto por la libertad del niño con el necesario encuentro con la ley que lo estructurará. Esta es, de ahora en adelante, la enorme labor social de los pedagogos. Pestalozzi dio una asombrosa demostración de esto en la «*Carta de Stans*» donde nos hace presenciar, en la pequeña comunidad de esos niños pobres, echados a perder por la violencia de los adultos, una verdadera construcción de la ley autónoma, arraigada a la vez en la condición interesada de los niños y en la evocación de los grandes principios que han de aclarar su conducta. Los niños no están abandonados a su mera y simple libertad - una libertad muy salvaje, en la coyuntura de guerra que están viviendo-, tampoco se les adoctrina con base en lecciones de moral y religión, sino que todo resulta arreglado para que se vaya dando una ley que será suya, la de cada quien y la de todos. De esta manera vuelve a nacer la comunidad de hombres en las ruinas de una sociedad que perdió sus cimientos de humanidad.

3. El tercer debate que yo quisiera enfocar es el de la *secularización*. Pestalozzi fue un cristiano, y un cristiano sincero, más en el sentido de la palabra del evangelio, y del Sermón de la Montaña que según la ortodoxia de una iglesia, en este caso la de Zwingli, fue el artesano de la Reforma en Zürich. Siempre permaneció muy sensible a la piedad, para la cual la fe estriba más en el corazón que en la razón, pero se esforzó más que todo por desarrollar un «cristianismo de la mano», un cristianismo práctico, una intención que tradujese en acciones concretas el sentido evangélico del otro. Su primera experiencia del Neuhof, por más práctica y materialista que pudo parecer en su momento, se nutrió de dicha fe: la de ver a aquellos pobres niños, animales rastreros en la miseria del campo, levantándose como «libres niños de Dios». Pestalozzi soñó durante mucho tiempo con una ciudad en la que el señor y el cura trabajarían en una obra común, arreglando el primero los comportamientos, el segundo, las almas.

Pero tendría que aceptar la separación entre lo ideal y lo real. El mundo tiene su orden: los hombres son lo que son, ni totalmente buenos, ni totalmente malos, anclados en su condición, en la «ciénaga de este mundo» según otra expresión preferida de Pestalozzi. Ya no se puede esperar modificar a esta pobre humanidad con un golpe de varita mágica, político o filosófico : se trata de dilucidar pacientemente este orden para entender dónde estarían los posibles avances. Pero de ahí se desprende más claramente todavía la exigencia de ennoblecimiento moral del hombre, las exigencias de su *Veredelung*, de su crecimiento en dignidad. Y aquí es donde Pestalozzi vuelve a coincidir con el

papel histórico del cristianismo, ahora bien un cristianismo libre de todas sus colusiones históricas y que actúe en relación con la ciénaga circundante, como «la sal de la tierra». No cabe duda de que el hombre tiene los pies en el suelo y la cabeza en el cielo: ni materialismo, ni idealismo, sino un permanente esfuerzo por constituir al hombre, por medio de y merced a esta tensión, «como una obra de sí mismo».

Y, ¿qué es la educación sino dicha humanización en movimiento? La naturaleza sobre la cual trabaja el pedagogo no es la Naturaleza en sí, sino lo natural de este niño con su peculiaridad, amasada con su índole, los acontecimientos vividos, con las circunstancias con las que se enfrentó. Es la edad en la que la existencia va forjándose. La edad de la educabilidad. Pero simultáneamente, dicho niño va en pos del cumplimiento de la forma universal que hará de él un hombre. No cabe duda de que esta forma se la podría imponer una sociedad, una iglesia, unos padres. Pero precisamente le toca a la educación abrir esta naturaleza brindada a un desarrollo totalmente desinteresado de sus aptitudes y capacidades, y más que todo formar al niño en la autonomía de lo que es, hacia lo que ha de ser, y eso, dentro de un mundo social cuya mecánica tiende ineluctablemente a reducir y estropear a los individuos. Una labor que no se puede confiar a la sola formación social, forzosamente enredada en la contradicción, pero que exige, en la manera de ver del pedagogo, una dimensión trascendental: «Mi reino no es de este mundo»

Así son los tres retos de la modernidad que Pestalozzi aceptó : el de la industrialización y de una re-humanización, el de la libertad y de una re-socialización, el de una secularización y de una recristianización. Y, dado que están desalentadas las instituciones sociales, le pide a la educación que salga a la demanda. A la educación como idea para, pero también y más que todo a *una praxis* pedagógica que instalar.

En efecto alguien podrá protestar: no son más que palabras de filósofo, de ideólogo. ¿Qué es? ¿qué fue la práctica de Pestalozzi en lo que se ha llamado su *Método*? Bien se conocen todas aquellas bellas intenciones humanistas, platónicas, cristianas, platónico-cristianas, pero, cuando uno observa cómo pasan las cosas en las escuelas, se convierte en espectador del más trivial conformismo social: una enseñanza entregada a las empresas industriales, una autonomía del niño de la que la gente se burla en cada uno de sus movimientos, un pobre materialismo pedagógico hecho de técnicas y recetas, de cuya finalidad la gente sólo se preocupa por la noche cuando se duerme, soñando luego con «el niño como centro» y tratándolo pésimamente al despertar. Dicho de otra manera: ¿Fue Pestalozzi consecuente en su práctica pedagógica con sus opciones teóricas?

Mi respuesta es positiva, y lo que fascina en su caso, como en el caso de otros pedagogos (estoy pensando en Celestin Freinet cuyo aniversario de nacimiento también celebramos este año) es que nunca dio su brazo a torcer, en lo que se refiere a sus fundamentos. Sacrificó su fortuna (la catástrofe del Neuuhof lo arruinó), su fama social (corrientemente se burlaron de él llamándolo incapaz), su felicidad personal (sufrió en nombre de sus convicciones dramas íntimos como el trágico destino de su único hijo Jakob), inclusive prefirió suspender voluntariamente un instituto de prestigio como el de Yverdon antes que permitir que se confundiera con la regularidad social - suele ser el caso de las creaciones de los genios pedagógicos -. En el fondo, siguió fiel a sus principios y supo traducirlos en acciones pedagógicas. Es lo que quisiera demostrar ahora.

Primero se esforzó por poner en marcha una pedagogía industrial. Podría chocar la expresión. Pero hace falta considerarla más de cerca. Ya desde el siglo XVIII hubo un movimiento de *industriepädagogik* que no se planteaba demasiadas preguntas: ¿llegaba la industria con promesas de una salvación económica para todos?... ¿bastaría con que la educación se doblegara?. Pestalozzi se planteó miles de preguntas desde su primera experiencia en la que quiso llevar a la par industrialización y formación. Superado el fracaso, consideró más comedidamente el fenómeno industrial:» como cuchillo y tijeras en manos de un niño» decíamos. Entonces analizó los procedimientos básicos de la gestión industrial que se traduce en aptitudes técnicas, vinculadas al aprendizaje de la *mano*, y también al desarrollo de una mente industrial, es decir activa, mañosa, imaginativa : *la cabeza*. Pero simultáneamente, midió los peligros de una deshumanización, cuando el hombre se deja atrapar por la máquina y la mecánica social: entonces importaba volver a crear dentro de la institución escolar aquella comunidad del *corazón* que es, naturalmente, la familia, también descuartizada por el hecho industrial (Pestalozzi vivió, en su inicio, el fenómeno de *la Heimindustrie*, de la industria en casa donde el campesino trabajaba en la rueca con su mujer y sus niños, pero pronto vio a los unos y a los otros abandonar el taller de la familia para meterse en las «fábricas»). La *Carta de Stars* sigue siendo aquí el modelo de esta resocialización por el corazón (lo que no significa dejarse llevar por su «instinto» : el texto de 1799 desarrolla los principios de «una pedagogía del corazón»). Pestalozzi se preocupa, de ahora en adelante, por la práctica pedagógica de sus institutos, por la solidaridad entre los niños durante el trabajo - los que visitaban Yverdon solían ver a dos niños sentados uno al lado del otro, estudiando juntos, y el principio establecido era que cuando uno de los niños había entendido el problema, su primera tarea era la de ir a ayudar a un compañero a quien le costaba

más trabajo resolverlo. De la misma manera, había establecido Pestalozzi una gimnasia articular que por cierto tenía como finalidad desarrollar cada miembro del cuerpo, pero también y más aún, hacer que el niño tomase conciencia tanto de sus capacidades como de sus limitaciones: una manera de automatización corporal que preparaba el ingreso al mundo industrial arreglándoselas para que el futuro trabajador no perdiera el dominio de su cuerpo, primer paso hacia el enajenamiento de su persona.

Hablemos ahora de la libertad. Fue una enorme paradoja con la cual a Pestalozzi le hizo falta enfrentarse: la caracterizaría yo como paradoja del pedagogo. En efecto en su caso se trata de producir la libertad autónoma valiéndose de medios que, por su propia mecánica, producen lo contrario, el encerramiento del niño y lo lleva a la heteronomía, lo «enajena» como dicen los filósofos. Lo cierto es que el niño no pide venir a la escuela, pues lo que más le agradaría es retozar por los campos; a éste se le engaña cuando se le clava en un pupitre durante años, por supuesto para su mayor «provecho». Tampoco se le pregunta qué asignaturas preferiría estudiar, y se le obliga a aprender cosas que no le gustan; el maestro, pese a todas sus proclamaciones humanistas, toma rápidamente la forma de un tirano encargado de hacer que le entre el saber, quiera o no, las más de las veces a la fuerza ... En pocas palabras, la libertad natural resulta burlada en cada momento de la enseñanza. No obstante cada quien está convencido de que el verdadero provecho del niño está en adquirir estos conocimientos más que en la ignorancia. De continuar retozando por los campos, seguiría más cerca de lo animal que de lo humano. Que todos accedan al conocimiento es una conquista de la libertad, y en definitiva, la verdadera libertad no es la del que se permite lo que sea y no importa cómo, sino la libertad ilustrada que le permite actuar con entera responsabilidad, la libertad que se da una ley, la libertad autónoma... Entonces, ¿cómo arreglárselas para superar la contradicción? Pestalozzi había establecido en sus institutos un principio metodológico que yo llamo el principio de *reactivación autónoma*. Le pedía a cada uno de sus docentes que su acción pedagógica, que transitaba por la imprescindible aplicación de medios en términos de métodos, técnicas, material, estuviese pensada de tal manera que el niño, ya camino del aprendizaje, volviese a coger en un momento dado entre sus propias manos, dichos medios y *prosiguiera por sí solo el camino*. Los libros básicos utilizados en Yverdon se organizaban de tal manera que casi se invitaba al niño a «abandonar» el libro de textos para construir ejercicios por sí mismo y operar por su propia voluntad unas transferencias del saber adquirido hacia otros objetos. También valió este principio pedagógico, sobre todo en la relación pedagógica, en la idea de que el pedagogo está aquí, inclusive en su ser físico, al *servicio* del desarrollo de otro ser que debe desprenderse de sí, y de la tentación paternalista. En un conjunto

de cartas que le escribió al inglés Greaves, y que llegaron hasta nosotros en la lengua del destinatario, establece bien la diferencia entre el *natural love* y el *thinking love*.

Hablemos finalmente de la racionalidad, y de la trascendencia. Pestalozzi fue en su práctica pedagógica, un gran realista, podríamos decir, sin dar a este vocablo su significado ideológico, un materialista, en el sentido en que Celestin Freinet hablaba de materialismo pedagógico. Intentó al principio lo que podría llamarse una «física pedagógica». Reunió alrededor suyo a un equipo de artesanos que hicieron obra de pioneros en las diferentes asignaturas: El mismo en cuanto al aprendizaje del idioma, Schmid para las matemáticas, Ndgeli y Pfeiffer para la música, Ritter (alumno suyo en Yverdon) para la geografía. La práctica de la educación física en Yverdon marcó un viraje en el desarrollo de dicha asignatura, hasta entonces sometida al orden militar. También contribuyó a desarrollar la pedagogía de los sordomudos con un instituto que se creó en Yverdon ... A sus maestros y ayudantes les invitaba a portarse de manera científica cuando observaban y acompañaban a los niños: para cada uno se establecieron fichas en que se apuntaban día tras día las actitudes y comportamientos, la progresión en los aprendizajes, y con regularidad se celebraban reuniones de puesta en común. Inclusive Pestalozzi se esforzó por dar una presentación científica de su Método, o mejor dicho, la confió a otros genios más sistemáticos quienes vinieron a observar cómo se practicaba y actuaba en Yverdon: fue el caso de Marc Antoine Jullien, autor de un *Espíritu del método de Educación de Pestalozzi seguido y practicado en el instituto de educación de Yverdon en Suiza* publicado en 1812 en Milán.

Pero este acercamiento científico estaba muy lejos de agotar, para Pestalozzi, el espíritu del Método, y muchas veces reaccionó contra esta manera de transformar un procedimiento - una *praxis*- en una fabricación - una *poiesis* -. En efecto, más allá de la letra hecha de procedimientos metodológicos, de técnicas, de material, se trata más bien de un espíritu y es más que todo por un espíritu, que vive lo que podemos seguir llamando el Método. Además a Pestalozzi no le gustaba la palabra, sobre todo cuando iba acompañada de su apellido («Método Pestalozzi») y prefirió en la obra de 1826 que puede ser considerada como su testamento de educador - *El canto del Cisne* la Idea de formación básica, *Idee der Elementarbildung*. De esta manera quiere aclarar que el pedagogo - si desea trabajar en dicho espíritu necesita internarse profundamente en la comprensión *-básica-* del proceso de formación. Y este espíritu es más que todo el que impera en la construcción de la libertad en el niño, un espíritu de libertad, en el sentido objetivo y subjetivo del vocablo. El nervio de todo el proceso sigue siendo para Pestalozzi la libertad, y todos los medios puestos en

acción - incluyendo la propia persona del pedagogo - sólo están aquí presentes como meta para el proceso de maduración de la libertad en el *educandus*. Por supuesto bien se puede olvidar - y sucede a menudo - ya que resulta mucho más cómodo limitar que dar libertad - y es muy fuerte la tentación de creer que los medios puestos en acción de manera mecánica llevarán a la fuerza a la libertad y que basta con amontonar los conocimientos, agudizar los acercamientos cognitivos, construir objetivos intelectuales, físicos, afectivos, etc, para que brote la libertad. Esta racionalización, esta cientifización de la pedagogía puede ser en realidad y a uno le dejaría pasmado la rebelión de los jóvenes capaces de hacer estallar unos dispositivos eso sí, bien efectivos. Es que quieren entender y sentir el significado de esos conocimientos y de esos métodos en la perspectiva de lo que anhelan llegar a ser, inclusive si concretamente no saben qué van a llegar a ser y lo sabrán más difícilmente aún en una sociedad de mutación acelerada, en la que cada quien tendrá necesidad de ejercer varios oficios. En el fondo, frente a un mundo que no tiene ninguna respuesta mágica, ya sea por la política, la religión o el arte, los jóvenes quieren tener la garantía de una humanización auténtica por medio de la educación, y esta humanización, quieren experimentarla en lo más hondo de su ser, ahí donde la naturaleza toma forma en libertad. Esto lleva a un quehacer pedagógico que respeta la libertad cuando brota, cuando se mueve, cuando se despierta.

En su brote primero: evocaremos aquí el principio pestalozziano del *Anschauung*, es decir del permanente contacto del niño aprendiendo con objetos reales frente a él, en contra de todo encerramiento cognitivo prematuro. En Yverdon, el primer momento de una clase siempre era alrededor de vosotros, aquí en el aula, en vuestra vida cotidiana, en la escuela, en casa, ¿qué realidades concretas pueden despertar el movimiento de la inteligencia? Cada quien va señalando, recordando, contando-. El conocimiento se desarrolla en su dimensión sensible, en libertad ya que es el niño, cada niño, el que se refiere a lo que ha experimentado. El aprendizaje es más que todo un desarrollo de vida.

Luego viene la puesta en forma intelectual : entender la forma, decir la palabra, separar las unidades. El movimiento ya es más exigente: hace falta esforzarse por comprender «prender con». Por supuesto eso está en el movimiento de la inteligencia humana, pero ya Platón nos había advertido en la famosa *Alegoría de la cueva* - que el camino del aprendizaje es un camino de rosa y espinas. Vigilar como va progresando el niño, a la luz de los análisis de Jean Piaget, ¿por qué no?. Pero saber que el niño, este niño, es más libre y más fuerte que todas las leyes de todos los sicólogos reunidos, que por supuesto sigue un camino hacia el concepto, pero ante todo *su* camino, y que resulta libre de tomar atajos, hasta de negarse a avanzar o de volver al punto de partida, si

su madre lo castigó, antes de venir a la escuela. No cabe duda aquí de que el corazón lo lleva sobre la cabeza. Acompañar, animar, pero también hacer brillar el concepto en el horizonte, en ningún caso prescribir, por lo menos de manera tal que el niño pierda el significado de la libertad y termine por olvidar que el movimiento impulsado sigue siendo el suyo.

Libertad por fin en el despegue de la inteligencia que vuelve a adueñarse del saber, lo integra a su propio movimiento o lo hace instrumento para conquistar el mundo. Es el principio pedagógico de la reactivación autónoma que se evocó anteriormente.

Se comprueba que seguir a Pestalozzi, se convierte en un gran arte de educar. Un arte, por supuesto, en el sentido de que es obra tanto de artista como de científico. Pero intuyo que finalmente, después de disimular su obra escrita durante unos treinta años - su práctica desgraciadamente permanece fuera de alcance - la pedagogía, es ante todo obra de un ser libre que quiere la libertad. Es un proyecto moral, así es *mi monomanía actual*, no moralizante y socializante, sino el fruto de una determinación por la que, desde el principio y en cada momento del procedimiento, elijo la libertad del niño contra cuanto aquí esté para reducirla, y contra cuantos sólo piensan en reducirla y son muchos en el aparato social. No hacer la revolución perpetua: Pestalozzi observa en sus *«Investigaciones»* que la época de las rebeliones ha terminado, que al mundo ya no se le puede transformar con un varillazo. Pero ser, como pedagogo, el artesano de una revolución moral, que hace que cada uno, a partir de su condición, y bebiendo en la fuente de dicha condición los instrumentos de su liberación, camina adelante como ser libre y responsable, como ser capaz de hacerse responsable de su libertad, en un mundo que ya no le brinda ninguna respuesta hecha y derecha, y cuya historia bastante aclaró los muchos estragos que pueden generar las contestaciones.

¡ Docentes, *háganse pedagogos*, artesanos de humanidad! Así es el postrer mensaje de Pestalozzi.!

Les agradezco su atención.

Traducido al Castellano por Claudine Soetard
septiembre de 1996.

Modificaciones: Lucía Estrada
Octubre 1996